

El paraíso medio siglo después

Director Responsable:

Ramón Díaz.

Editor:

Danielo Arbilla.

Directorio: Ramón Díaz, Mantrodo Cikato, Pablo Fosnati, Ramiro Rodríguez Vitami y Danielo Arbilla.

Columnistas: Daniel Gianelli (política) y Jorge Caumont (económica).

Secretario de Redacción: Miguel Arregui.

Información política: Claudio Papillo (jefe), Gerardo Maronna, Alfonso Lessa, Luis Casal Beck, Alvaro Amvetti, Nelson Fernández.

Información general: Alejandro Noguera (jefe), Elnin Mannise, Alvaro Güz, Gabriel Recarti, Claudio Románoff, Mónica Bottero.

Reportajes especiales: César d' Candia.

Indicadores económicos: Roberto Paulier (coordinador), Javier de Haedo (columnista), Carlos Mermot, Gustavo Michelín, Julio De Brum, Lorenzo Helguera y Gabriela Inciarte.

Información internacional: Yanina Olivera - Servicios especiales: de "The Washington Post", "Los Angeles Times", "The Guardian", DPA, ANSA y AFP.

Cultura y espectáculos: Sergio Lacuesta (coordinador), Rodolfo Fattoruso y Barret Puig (columnistas), Jorge Castro Vega (teatro), Alvaro Sanjurjo Toucon (cine) y Enrique Hetzel (jazz).

Medicina: Jean Richerd. Deportes: Mauricio Fernández Reyes. Columnista: Juan Carlos Paulier (fútbol). Humor: Kid Gragea, Aldo Carramarota y Leslie. Archivo: Florénca Herrera. Fotografía: Milton Cez.

Diagramación: Nelson García Serra. Corresponsales: Pablo Montalvo (Brasil) y Zelmar Lisardy (Argentina). Administración: Alfredo Bianchi Varela.

Búsqueda es una revista semanal miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa. Está inscrita en la Dirección de Industrias con la matrícula N° 2079. Con domicilio en Av. Uruguay 1023, telfs.: 906435, 906376, 906337 y 905664. Montevideo, Uruguay.

Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores. Precio de venta \$5 400. Impreso en Talleres Gráficos de Impresora Polo Ltda. Paysandú 1179, Tel: 920452-90. D.L. N° 40.172. Distribución: Paquetito.

por Ramón Díaz

"Diversas tesis de Marx no soportan la prueba del tiempo" expresó el economista soviético Oleg Bogomolov en declaraciones recogidas por las agencias noticiosas. Los errores que Bogomolov atribuye a Marx no versan precisamente sobre cuestiones triviales. Un ejemplo: la propiedad privada. "La Unión Soviética", precisó el economista, "ha descubierto que prohibir la propiedad privada quita toda preocupación a los agricultores sobre (el mantenimiento de) los predios y el desarrollo a largo plazo". Mire que se les tenía dicho...

Al respecto Marx desatendió las lecciones de la economía clásica, que sitúan el motor de la economía en la prosecución del propio interés por los agentes individuales, las máximas de la sabiduría popular, que enseñan que el ojo del amo engorda al buey, y los dictados de la experiencia elemental de todos los tiempos sobre la burocracia, que dice que encargarle cualquier tarea es la receta más segura para el fracaso. Marx reconoció que la economía que él llamaba burguesa, basada en la propiedad privada, había transformado al mundo, y desarrollado fuerzas productivas jamás imaginadas con anterioridad, pero al mismo tiempo profetizó que caería víctima de sus contradicciones internas; una de ellas la que

concentraría incesantemente la propiedad en cada vez menos manos, mientras los proletarios, cada vez más numerosos, vivirían cada vez peor, según el salario real cayera indefectiblemente ante la competencia arrolladora que las máquinas harían a la mano de obra. Estas profecías fundamentales han resultado terminantemente desacreditadas por los hechos, pero hasta ahora los marxistas del mundo entero habían preferido mirar para otro lado.

Si el marxismo choca con los hechos, han proclamado una y otra vez los marxistas en todos los rincones del mundo, peor para los hechos. Pero una cosa es vivir del marxismo—tener de él el poder, o la esperanza del poder, o recibir de él las certezas fundamentales, o el fundamental estipendio— y otra cosa es vivir bajo el marxismo. Esto último, que implica darse uno a diario de bruces contra la realidad de los errores del marxismo, ha generado una presión tal que los muros de aquella enorme presa de silencio han terminado por derrumbarse. Este enfoque me parece indispensable para entender cómo Bogomolov haya podido formular las declaraciones que recogí al comenzar, o cómo Leonid Kunelski haya podido formular las suyas.

Kunelski, integrante del Comité Estatal sobre Trabajo y Asuntos Sociales de la URSS, acaba de reconocer que 43 millones de soviéti-

cos viven en familias cuyos ingresos no alcanzan a 75 rublos por mes y por persona, nivel que dicho comité considera representativo del mínimo vital. Cuando se suponía que la pobreza era una lacra del capitalismo, y que la implantación del socialismo la haría desaparecer, ahora resulta que uno de cada cinco soviéticos vive en la más absoluta pobreza. Tal el caso de Valeria Ionava, que declaró a periodistas occidentales que no creía poder sobrevivir mucho más con su pensión de 37 rublos, el de Elena Smolnikova, que afirmó que debía saltar comidas para poder comprar ropa a sus hijos, o el de Elena Kárpova, de 40 años, que fue interrogada mientras pernoctaba en la Estación Ferroviaria de Leningrado, carente de empleo y de vivienda. "Yo pediría ayuda", dijo Kárpova a un reportero del New York Times, "ya he perdido mi orgullo, pero no hay nadie a quien recurrir". Son anécdotas. Son también 43 millones de menesterosos.

Muchos pobres, en efecto, demasiados para tratarse del Paraíso en la Tierra, que comenzó a edificarse hace 70 años conforme al plan maestro de Karl Marx, adaptación concreta de Lenin. ¿Cómo describir las esperanzas que aquel experimento suscitó en el mundo entero? Un comunista norteamericano, de regreso de la URSS, hace ya medio siglo largo, exclamó:

"Vengo de visitar el futuro... ¡y funciona!". Otros pensaban: "No es en el Cielo donde hay que buscar el Paraíso, sino en Rusia". En todo el mundo innumerables hombres y mujeres transfirieron a la URSS su lealtad fundamental, en detrimento de sus propias patrias. No se trataba de casos de traición lisa y llana. Lo que ocurría es que —dicho en lenguaje agustiniano— entre la Ciudad de Dios y la Ciudad Terrestre preferían la primera. Por supuesto, hay mucho que decir en defensa de ese criterio. A condición naturalmente, de que la Ciudad de Dios lo sea de verdad. Pues bien, ahora resulta, según las declaraciones de los propios residentes en el nuevo Edén, que ése no era el caso.

Nuestra cultura occidental tiene un notable sesgo favorable a las revoluciones. Pongamos el caso de un régimen que haya ajusticiado a centenares de miles de disidentes y opositores, y haya dejado morir a millones en campos de trabajo, en el marco de una gran operación de ingeniería social. Si usted se expresa al respecto con acentos críticos, es probable que su interlocutor le objete que se trata de una revolución.

"No se puede hacer una tortilla sin romper huevos" casi seguro agregará. La idea de que la sangre es el lubricante indicado para hacer funcionar eficazmente la máquina revolucionaria se impuso

con la Revolución Francesa y se consolidó con la Rusa. Hoy no voy a ocuparme de los fundamentos filosóficos implícitos en esta convicción sino de la tenacidad que ella demuestra frente a la perspectiva —cuya pertinencia no deja de confirmarse— de que el tren revolucionario pueda descarrillar, o largarse compulsivamente por un desvío tal que la estación terminal no resulte ser la sociedad paradisíaca, sino una sociedad transida de mediocridad, de pobreza, de hastío y de despotismo. Si toda la sangre derramada lo fue en vano o, peor aún, sólo sirvió para empeorar las cosas, ¡qué gran tragedia! No es posible reconstruir los huevos a partir de las tortillas.

En buena hora llega el reconocimiento de Oleg Bogomolov de que Marx se equivocó, sobre todo sobre la propiedad privada, pero al mismo tiempo llegan decenas de millones de muertos e indescriptibles padecimientos demasiado tarde. Y ni siquiera puede uno estar seguro de que la sociedad soviética será libre de actuar en consecuencia, tan poderosos son los intereses creados de que la **Nomenklatura** es titular. En Europa Oriental circula persistentemente esta definición del socialismo: se trata del camino más largo y más difícil hacia el capitalismo. Habría que agregar: la vía también más dolorosa y más incierta.